



Fàtima Beltran Curto

FÀTIMA BELTRAN CURTO  
CANCIÓN BAJO EL AGUA

ESPASA  NARRATIVA

© Fátima Beltran Curto, 2021  
© Editorial Planeta, S.A., 2021  
Ediciones Espasa, sello editorial de Editorial Planeta, S.A.

Preimpresión: MT Color & Diseño, S. L.

Depósito legal: B. 2.201-2021  
ISBN: 978-84-670-6163-5

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web [www.conlicencia.com](http://www.conlicencia.com) o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

Espasa, en su deseo de mejorar sus publicaciones, agradecerá cualquier sugerencia que los lectores hagan al departamento editorial por correo electrónico: [sugerencias@espasa.es](mailto:sugerencias@espasa.es)

[www.espasa.com](http://www.espasa.com)  
[www.planetadelibros.com](http://www.planetadelibros.com)

Impreso en España/Printed in Spain  
Impresión: Unigraf, S. L.

Editorial Planeta, S. A.  
Avda. Diagonal, 662-664  
08034 Barcelona

El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como **papel ecológico** y procede de bosques gestionados de manera **sostenible**.

# 1

## El camino de regreso

*Mayo de 1939*

A sus veintisiete años recién cumplidos, el oficial Eladio Ferlosio arrastraba las botas raídas por el arrinconado camino que le llevaba de vuelta a su pueblo natal como si de un anciano se tratase. Poco imaginaba en aquella sofocante mañana del mes de mayo que, más de media vida después y ya en su acuífero lecho de muerte, iba a recordar esa misma escena como el primer capítulo de su vida.

Regresaba a Uldielbo envuelto en un uniforme descosido a rasgaduras abiertas por el fuego enemigo; venía de perder todas las guerras. Colgando de su petate repicaban, al compás de sus zancadas, una taza metálica y un abollado puchero que le habían servido para calentar mendrugos con cebolla y agua en las noches más afortunadas, a lo largo y ancho de

la incomprensible contienda que, hacía apenas un puñado de semanas, había tocado a su fin.

Eladio caminaba por inercia hacia el pequeño pueblo que había sido el de su origen sin él decidirlo y que, desde muchas lunas llenas atrás, se le antojaba ya como el único destino posible hacia el que encaminar sus pasos.

En los últimos kilómetros de su particular odisea, aquel debilitado y envejecido Ulises se veía escoltado por una legión de impresionantes tejos que, como ciclópeos centinelas, custodiaban las pisadas que iba dejando impresadas tras de sí en el tramo definitivo de su vuelta a casa. Por única compañía durante todo su vencido retorno al hogar, había llevado a pocos metros de distancia al enfurruñado fantasma de Teodoro Sacristán, un joven de casi su misma edad del bando enemigo al que había dado muerte con la primera de las balas que salió de su fusil el día que para él comenzó la guerra.

Sabida era, hasta por los más imberbes reclutas de cada facción, la popular leyenda de que el espectro del primero de los soldados del bando contrario al que se liquidara acompañaría al infortunado superviviente durante el resto de sus días, como trofeo y castigo indeleble por la funesta hazaña cometida.

Fue así como, en los albores de aquella descabellada lucha fratricida, Eladio y Teodoro unieron sus destinos, más allá del fungible devenir del uno y de

la irreparable mortalidad del otro, para convertirse de esta retorcida manera en compañeros de fatigas y venturas.

Teo Sacristán había sido en vida un mozalbete bajito y de enjutas formas, proveniente de una fecunda y creyente familia de labradores de tierras de Levante, que nunca supieron muy bien qué hacer con él dada su escasa corpulencia para abordar con el arado las faenas del campo. Su madre, doña Virtudes Escrivá, imploró a los treinta y siete santos de cabecera que custodiaban su alcoba marital, entre cuentas de rosarios y cirios consumiéndose en cada una de sus plegarias, que el escuálido muchachito dirigiera sus pasos hacia el servicio a Dios y a su Iglesia, pero a Teodoro poco le interesaba la vida enclaustrada del seminario, entre lúgubres sotanas y fastidiosas homilías. Prefería los placeres terrenales más que las glorias del espíritu, así que, cumplidos los veintiún años, abandonó los estudios para cura y regresó a su añorado Catasset, a orillas del mar. Tenía el absoluto convencimiento de que era en su pueblo natal donde hallaría el goce y la auténtica motivación para sentirse vivo, y no emparedado entre los tabiques del vetusto Seminario en el que, por no oír más los repetitivos malos presagios de su devota madre respecto a su futuro como labriego dadas su escasa corpulencia, había accedido a ingresar, a pesar de su poca fe, a la temprana edad de

trece años. Pensó, además, que al auspicio de la Santa Madre Iglesia podría poner en práctica su verdadera vocación, la de pintor, y dar rienda suelta, de esta manera, a su creatividad, emergente y febril, sirviéndose de materiales mejores y más nobles que de los que podía disponer en su modesta existencia de paisano.

Junto a los curas aprendió canto, latín, griego, oratoria, levitación y toda la liturgia escenográfica necesaria para officiar con soltura y convicción la entrega de Dios a los hombres y demás sacramentos contemplados por la Santa Iglesia Católica, Apostólica y Romana; pero al no llegar nunca a ordenarse como capellán, jamás pudo poner en práctica ante legiones de fervientes y entregadas feligresas todo aquello que, durante los últimos años de la infancia y primeros de juventud, había logrado asimilar. El bueno de Teo siempre tuvo la sensación de haber medio malbaratado una preciadísima etapa de su vida aprendiendo un oficio que de poco, o más bien nada, iba a servirle al abandonar los recios muros del Seminario. Y, a pesar de que sí logró decorar con sus frescos toda la capilla y el refectorio del Seminario, al concluir la magna obra encomendada por el padre rector, el joven seminarista tuvo la certeza de que había llegado el momento de dejar atrás su estancia en aquella sagrada institución. De esta manera su arte podría seguir evolucionando y arribar a

plasmar otras formas que no fueran Vírgenes de gesto altanero o ángeles afeminados de mirada ausente y aun así, lasciva, con los que había ornamentado las paredes y techos de aquella honorable casa. Lo cierto fue que, en los años que sucedieron a aquella estrepitosa deserción vocacional, Teodoro jamás lamentó la decisión tomada muy a pesar de los llantos y del luto que doña Virtudes Escrivá se obstinó en lucir como penitencia por el abandono de sus estudios para sacerdote del benjamín de sus cinco hijos varones. Lo único verdaderamente útil que Teo logró sacar de aquel encierro monacal fue el dominio de las palabras y el virtuoso arte de la escritura, tan poco extendido todavía entre los habitantes del pueblo y de las comarcas colindantes, donde el analfabetismo y la superstición imperaban bajo el patrocinio y el beneplácito de la Santa y Letrada Madre Iglesia.

Solo en dos ocasiones a Teodoro se le pasó por la cabeza, de manera muy fugaz, la idea de que quizá sí se había equivocado al abandonar de un modo tan repentino el camino que con tanta devoción y tiento su madre había trazado para él. La primera de las veces fue cuando, ya empezada la revuelta en el país, le obligaron a tomar partido y a alistarse en uno de los dos bandos en los que parecía haberse fraccionado el mundo conocido. Ni siquiera tuvo la potestad de elegir el uniforme que quería enfundarse,

ni la causa por la que iba a apostar su única existencia. La segunda ocasión en la que Teodoro lamentó, por unos instantes y a modo de espejismo, haber abandonado el Seminario, fue la noche en la que perdió la vida cuando una certera bala salida del fusil enemigo le atravesó el entrecejo y lo dejó tendido sobre el fango con un reguero escarlata dividiéndole el rostro en dos mitades asimétricas. Contaba con veinticuatro años y diecisiete mil treinta y dos sueños coreándole cada nuevo latido hasta que, de golpe, se le enmudeció el pecho y aquellos diecisiete mil treinta y dos sueños también callaron en seco.

Quien empuñaba, con pulso trémulo y escaso valor, el máuser que escupió el rabioso proyectil que iba a secar para siempre la garganta del joven Teodoro Sacristán, no era otro que un bisoño Eladio Ferlosio, a quien pocas horas antes le habían asignado aquella alargada y rígida compañera de baile, sintetizada en una sola y escuálida pierna hecha de madera y metal que, furibunda, era capaz de toser, con aliento de pólvora e infierno, hasta cinco disparos seguidos desde sus entrañas al ritmo que se atreviera a marcar el índice diestro del inexperto soldado Ferlosio.

Aquel febrero del treinta y siete, a orillas del Jarama, era la primera ocasión en todas sus vidas que Eladio sostenía entre las manos un arma, y el vértigo

de saberse portador de una máquina de matar hacía que en la nuez de su cuello se encallaran, azoradas, palabras y saliva, hasta el punto de casi llegar a ahogarle de puro nerviosismo.

Los acontecimientos políticos se habían precipitado de una forma tan repentina en el país, que le resultaba todavía difícil asimilar la descabellada realidad en la que parecía encontrarse atrapado. Estaba tiritando, agazapado en la trinchera junto a otros jóvenes, también atemorizados y temblorosos que, como él, habían sido reclutados para tomar parte, en primera fila, de un juego atroz cuyos orquestadores no se hallaban aquella noche —ni ninguna otra— escondidos en esa exigua zanja excavada entre sudores y miedos para protegerse del fuego enemigo, que con la llegada de la noche sabían que acabaría cayéndoles encima. La balacera se precipitaría de una manera gélida e indiscriminada contra todos ellos, provocando que se obrara el apocalíptico y estremecedor milagro de hacer que el cielo se iluminara hasta asemejarse al que luce a pleno sol.

Muchos rezaban entre dientes las oraciones que eran capaces de rescatar de la memoria, otros escribían cartas a las novias que no sabían con certeza si volverían a ver algún día, y algunos trataban simplemente de evacuar de la mente cualquier pensamiento capaz de conmoverles. En el silencio de aquella espera podía oírse, con nítida contundencia,

la palpitación del terror. No, no era miedo, era el terror más absoluto y superlativo. Y en medio de aquel pavoroso pasaje, Eladio trataba de huir, bien lejos con el pensamiento, de los sacos rellenos de tierra que se alzaban como agónica trinchera frente a la oscuridad abismal que les acechaba. El joven soldado buscaba refugio y sosiego en el recuerdo de Eleonora Cardenal, su amor no correspondido desde la infancia y también amiga íntima de su hermana mayor Úrsula.

Desde muy crío, Eladio había sentido una devota admiración por aquella muchacha cuatro o cinco años mayor que él, de lacia y oscura cabellera, que frecuentaba la casa familiar para aprender bordado y costura junto a su hermana, y quien le había enseñado el arte de la escritura, y con el nombre de las cosas dibujado con tinta, la posibilidad de conservar la belleza de su química liofilizada en el papel.

La paz en tiempos de contienda no era otra que el edulcorado recuerdo de aquellas soporíferas sobremesas observando cómo Úrsula y su amiga alisaban las horas tensando la tela de lino blanco en el bastidor de bordado para luego acribillarla con cuidadosos y quirúrgicos pespuntos. Aquella danza armoniosa y acompasada de blancas manos, agujas y hebras, hipnotizaba al pequeño Eladio y le sirvió al joven soldado Ferlosio para anestesiar las angustias, encogido en la trinchera. Es por ello que, abrazado a

la cola de aquellos recuerdos, cada una de las noches que duró la guerra se prometió regresar a Uldielbo cuando esta terminara para confesarle a Eleonora, a través del puñado de renglones que, día tras noche le había estado caligrafiando, su callado amor por ella. Le explicaría que gracias a este y al retablo de memorias que con su lánguida imagen había logrado zurcir cada noche de terror en el frente, había conseguido zafarse del espanto y la sinrazón que se escenificaban sobre el sanguinario campo de batalla. El recuerdo de Eleonora Cardenal era el haz de luz que le había servido de guía para no abandonar la cordura y la calma en aquellos tenebrosos escenarios del averno fratricida, por los que deambuló sin más brújula que la que le proporcionaba la memoria de aquellas tardes soñolientas, cuando espiaba cómo bordaban ella y su hermana Úrsula, con suma delicadeza, fantasiosas mantelerías de lino para sus respectivos ajuares de novias.

Encorvado en el interior de la fosa, que aquella misma mañana había improvisado, a golpe de pico y pala junto a sus compañeros, Eladio intentaba distinguir entre el ensordecedor silencio de la noche algún ruido que delatara los pasos del batallón enemigo. El propio corazón atemorizado le estorbaba en sus propósitos, al retumbar en su pecho como si de un tambor de Calanda se tratase. Cuando sonó el primero de los cañonazos que daba por inaugurada

la balacera noctámbula, Eladio supo de inmediato que había llegado la hora de encomendarse a su suerte o de buscarla desesperadamente. Empuñó el fusil asiéndolo como si este fuera la única tabla de salvación posible y permaneció, agachado y atento, con la respiración entrecortada y el dedo índice acariciando con suavidad el gatillo desalmado.

No deseaba tener que disparar y por ello contuvo el primer tiro hasta que una sombra escurridiza, que se abalanzaba decidida hacia él, estuvo a tan poca distancia que, a pesar de la oscuridad, casi pudo adivinar su altura. Eladio, sin enfocar siquiera por el punto de mira, apretó, deprisa y por primera vez en su vida, el gatillo de un arma cargada, de la que salió un disparo ensordecedor. Fue algo reflejo y al bulto. Tras oírse el estruendo, la culata de madera retrocedió con violencia contra su hombro, golpeándolo por sorpresa hasta el punto de casi dislocarlo. Luego sobrevino la espeluznante y silenciosa quietud del cuerpo, ahora desplomado, que hacía unos segundos corría apresurado hacia él. El joven soldado superviviente dejó caer su arma. Acababa de matar a un hombre del que ni siquiera conocía los defectos. Anonadado por lo acontecido y por la pólvora que se respiraba, Eladio salió de la trinchera y caminó, en estado de trance, los tres pasos de distancia que le separaban del cuerpo al que acababa de dar muerte, para contemplarlo de cerca. El cadá-

ver había quedado boca arriba, con los ojos abiertos como un dos de oros y un boquete sangrándole entre ambos. Debía tener una edad similar a la suya, unos padres, tal vez una esposa o novia, unos sueños y una historia que, desde aquel infausto lance, les contemplaría a ambos de una forma indisoluble.

Eladio caminaba de regreso a su Uldielbo natal arrastrando las cansadas piernas, con la carga del petate lastrándole la espalda y los recuerdos nublandole el gesto. Venía de perder todas las guerras, pero muy en el fondo de su pecho retumbaba el eco de una diminuta pero alentadora esperanza: la de la posibilidad de volver a ver a Eleonora Cardenal y confesarle, de corrido, todos los sentimientos que habían ido brotando en él a lo largo de los casi tres años que llevaba sin pisar Uldielbo.

A pocos metros le seguía, malcarado y disconforme, el ceñudo fantasma de Teodoro Sacristán, quien se había pasado los últimos kilómetros del viaje tirando piedrecitas contra la taza y el puchero que colgaban del petate del que había resultado ser su asesino nada más dar comienzo la batalla.

—¡Dos años, tres meses y siete días, pegado a tu sombra! ¡Es mucho peor que la mismísima muerte a la que me condenaste! —espetó el enfadado fantasma, intentando propinarle una traicionera zancadilla, sin éxito, a un impertérrito Eladio Ferlosio, que seguía avanzando en su camino haciendo caso omi-

so al resentido discurso—. De todos los soldados del bando contrario, tenía que matarme el más aburrido de todos, el más alcornoque, el más insípido. ¡Pero mira que eres desustanciado y soso! Ni a un solo burdel, en toda la guerra, me has llevado. Tú y tu estúpido e inútil romanticismo... Renuncias a los placeres de la carne por una ensoñación, por un amor unilateral hacia una mujer que con toda probabilidad no recuerde tu olvidable cara de botarate. ¡Como si te esperara alguien en ese pueblucho al que vamos! El infierno no puede ser peor que el sopor que provocas... Mira que había soldados en el bando contrario, y me tuvo que matar el más desaborido y malasombra. ¡Hay que ser desgraciado para que me tocara este mochuelo en la rifa! ¡Par-diez! No te soporto, y no porque me asesinaras, porque encima eres un asesino... Sino porque en estos interminables dos años, tres meses y siete días que llevo pegado a tus talones, ni a un solo muslo de mujer has dejado que me asomara, ni a un triste escote has sabido conducirme. Cuando escapé, pies en polvorosa, del Seminario, me prometí que nunca más volvería a renunciar a los placeres de la carne, y mira que has hecho de mí: un espíritu célibe y malhumorado, al que no le está permitida ni media alegría o jolgorio. Te odio Eladio Ferlosio, por insulso, soporífero e intrascendente. ¡Me aburres más que el caminar de las avutardas! ¡No lo soporto!